

EN visperas de clausurarse la Exposición Internacional y Universal de Bruselas, creemos de interés dar una referencia, que aunque escueta, informe lo suficientemente. Poco nos ha llegado a los españoles por ignoradas circunstancias; a pesar de ello, nosotros podríamos escribir algo así como un «Espasa», a tomo por nación, de conocimientos varios emanados de esta Exposición inaugurada bajo el lema: «Balance para un mundo más humano».

Esta publicación, dedicada concretamente a las Artes y las Letras, no puede dejar de exponer un resumen o despacho telegráfico de lo que Bruselas ha supuesto en el campo de la difusión cultural entre los pueblos.

Al ser encauzado el certamen belga con fines más altos que los de una mera competición entre naciones por establecer récord en adelantos técnicos, que de sí ya supondría un fabuloso mundo, dió cabida en su recinto a la exhibición de todo lo mejor que cada país ha creado en el campo de la pintura y las letras, que bien conservó en sus museos, o que está en plena creación, merced a sus artistas y escritores.

Sólo, pues, a estas facetas nos referimos.

Superficie total de la «Expo»: 200 hectáreas. Veinticinco Kms. de calles, paseos y avenidas. Quedan incluidos en el recinto dos parques, Osseghem y Laeken, que han sido íntegramente respetados.

Medio de comunicación más rápido: las telesillas. Precio: 180 Fr.

Trayecto sobre 4.200 m. en cabinas circulares pintadas en amarillos, rojos, azules y verdes.

PABELLÓN FRANCÉS.—Pabellón desmontable. Concepción arquitectónica: funcional. Guillaume Gillet insiste en la vigería «a lo Eiffel», recubierta para crear interiores con vidrio y aluminio.

Futuro destino: palacio de los deportes, museo de la aviación, o venta a la Argentina.

La única ciudad que tiene pabellón propio dentro del pabellón de su país, es París. Corroboramos nuestra opinión de que París no es Francia o bien es algo supranacional.

Los célebres agentes parisinos regulan la circulación. Se celebran constantemente desfiles de *modelos* y exposiciones de pintura. Los pintores montan sus caballetes como si se encontrasen en Montmartre.

Boutique, joyerías... La gran *vedette* artística de Francia sigue siendo, después de treinta años, nuestro compatriota Don Pablo Ruiz Picasso, malagueño.

Su «Cabra», escultura en bronce, está allí asombrando a millones de visitantes. Es una cabra escuálida, deformada, *evolucionada por lo atómico hacia el futuro*, que diría algún *snob*. Nosotros creemos más bien, con la misma zumba que pensara Don Pablo, que es simplemente una cabra loca, y loca de hambre y de andar por riscos y picachos de Castilla.

Los mejores lienzos de Picasso son los procedentes del Museo de l'Ermitage. Y estos tampoco son franceses puros.



“L'EXPO - Bruxelles 1958”

Los intelectuales galos creen que por ser franceses tienen la obligación, el deber, de ser vanguardistas, sin pensar que su vanguardismo, a los treinta años, es clasicismo y ya no hay nada más clásico en el arte francés que esos triángulos, círculos y figuras poligométricas que como cerámica de vivos y brillantes colores decora los muros exteriores de su pabellón. Su autor, Christiane d'Estienne, lo llama abstracto. (1)

Las letras, con menos afanes de constante innovación, están más serias, amplias, y si se quiere, impresionantemente representadas.

Téngase en cuenta que se puede oír a Paul Claudel leer sus propios versos.

El actor Pierre Fresnay, por ejemplo, recita «Le petit prince», de Saint-Exupéry.

Se escuchan las voces de Valéry, Gide, d'Eleonard, Bernanos, Colette y Giraudoux. En una breve y cálida exhibición de recuerdos personales, se muestran los manuscritos de Claudel, las gafas de Colette, los perros de Bernanos...

Es decir, siempre Francia y la misma Francia de siempre.

Hábil propaganda, razonable concepción, mejor técnica, pícara sonrisa, regular cocina con buena fama, deliciosas mujeres discutibles...

Cumplida la debida cortesía para con un vecino, pasemos a la casa propia, por si el espacio no da para más.

PABELLÓN ESPAÑOL.—Desmontable igualmente, y con ello cumple una de las condiciones. Vidrio, acero y ladrillería. Su aspecto de colmena es sobradamente conocido para ser descrito. Más lo será si como es posible se instala en la Casa de Campo de Madrid.

Posee la obra de los señores Molezún y Corrales indudables aciertos.

No hay para lo español, cosa rara entre españoles, objeciones excesivas.

Todo ha sido dignamente pensado y hecho. Elogiamos, pues, en conjunto nuestra representación. Ha estado sobre todo en Bruselas nuestro ayer, nuestro hoy y nuestro siempre.

Ha estado Goya, el Greco, Velázquez, y sobran críticas. Ha estado Solana y Dalí, y sobran polémicas. Lo importante es que estaban. Como Zabaleta, Caballero, Palencia, Redondela y Ortega Muñoz.

Estaba el Arte español de muy variadas épocas y tendencias.

Dalí, caso aparte, ha llamado la *atención* a su manera particular y personal, como pintor excepcional. Es para orgullo nuestro el otro «grande», vivo y universal pintor, representante genuino y latino de una España siempre española, como Don Pablo, también latino, lo es de una España siempre europea.

El «Santiago Apóstol», de Dalí, es sencillamente fabuloso.

(1) No queremos olvidar el magnífico mosaico figurativo que figura en el muro exterior del Pabellón de Méjico y del que es autor CHAVEZ MORADO.